

Capítulo VIII

Una tipología del pensamiento ambientalista

Introducción

LA VISIÓN que dimos en los capítulos anteriores sobre la relación entre la sociedad humana y su ambiente no es la más común. Existe una diversidad de opiniones sobre el desarrollo sustentable, los problemas ambientales y sus alternativas. En este último capítulo elaboramos una tipología que permita al lector “ubicar” las principales posiciones teóricas e ideológicas. Como toda tipología es una manera de forzar o encuadrar posiciones diferentes. Su utilidad radica, como otras formas analíticas, en presentar de forma simple lo que es complejo.

Hemos partido de dos criterios o entradas simultáneas: el punto de partida ético, que distingue a ecocentristas de antropocentristas; y el considerar a la sociedad humana como un bloque enfrentada a la naturaleza, o dividida en clases, que distingue a ecocentristas y tecnocentristas de marxistas.

El punto de partida filosófico: natural versus artificial

Existen diferentes concepciones sobre lo que es naturaleza. Siguiendo a Savater (1996), pueden distinguirse tres grandes líneas:

Naturaleza como conjunto de todas las cosas existentes,
sometidas a las regularidades que estudian
las ciencias “de la naturaleza”

Desde esta perspectiva todo es naturaleza, tanto la naturaleza virgen como los productos más “sospechosos” de la actividad humana. El plástico es igual de natural que la miel. El ser humano no puede hacer nada cuyo producto o resultado no sea, asimismo, natural, ya que él es, en sí, naturaleza. La distinción natural/artificial no serviría de criterio para determinar qué elementos son perjudiciales para el medio ambiente y cuáles no: “... si hay razones para consi-

derar rechazables ciertos logros humanos, nada tendrán que ver desde luego con su mayor o menor «naturalidad», porque ir contra la naturaleza es cosa que nadie sabe hacer... al menos en este mundo” (Savater, 1996, p. 244).

La distinción entre elementos perjudiciales y benéficos sería resultado de la subjetividad humana y, por tanto, relativa tanto en términos históricos como culturales y políticos.

Naturaleza como conjunto de las cosas que existen
sin intervención humana, con espontaneidad no deliberada

Esta concepción distingue lo natural como aquello que existe fuera de la intervención humana, de lo artificial producto de la acción humana. Se trata de la concepción más utilizada y expresa el sentido común de los términos natural y artificial. Al igual que la primera concepción, hace referencia a una formalidad descriptiva.

Claro está que la concepción de naturaleza como todo lo externo al ser humano es la manifestación ideológica y generalmente no explícita ni consciente de la mayoría de las posturas sobre la relación sociedad/naturaleza. Al nivel consciente y científico es evidente, para todos, que la naturaleza incluye al ser humano y sus productos.

Naturaleza como origen y causa de todo lo existente,
como explicación última y razón de ser

Esta concepción es una derivación ética posible, aunque no necesaria, de la segunda concepción. De la distinción entre naturaleza y sociedad como dos opuestos se deriva una valoración ética: lo bueno sería lo natural y lo malo lo artificial. Es evidente que esta concepción no puede derivarse del primer entendimiento de naturaleza que presentamos, toda vez que si el ser humano es parte de la naturaleza, éste no puede comportarse de forma ecológicamente incorrecta. Sí se deriva, en cambio, de la segunda concepción, donde la naturaleza excluye a la sociedad y actividad humana. La naturaleza es considerada aquí la razón de ser del Universo. La base de todos los fundamentalismos reside en esta forma de entender la naturaleza, que la convierte, al decir de Savater, “...en una prolongación de la divinidad” (Savater, 1996, p. 261).

Una concepción que rechaza

...el presente humano (cualquier presente, pues todos son sin duda insuficientes y decepcionantes como suele ocurrirle a la realidad) en nombre de la armonía prehumana originaria y natural, lo mismo que las religiones repudian

los fastos y carnales afanes de este mundo en nombre de la perfección invulnerable del más allá (Savaterz 1966, p. 265).

Con diferentes grados de radicalismo, esta concepción está presente en muchas de los movimientos y posiciones sobre la problemática ambiental contemporánea. Está presente principalmente en las llamadas corrientes “ecologistas”, que argumentan la necesidad de que el comportamiento humano se guíe por las “leyes de la ecología”.

Aunque la distinción entre productos de la actividad humana y naturaleza virgen puede parecer útil, su aplicación a la problemática ambiental contiene dos tipos de problemas. Uno de carácter práctico, ya que si el ser humano tiene la capacidad de afectar la atmósfera de la Tierra, esto afecta el clima y, con ello, podría decirse que toda la Tierra es artificial. Otro de carácter teórico, ya que distinguir entre natural y artificial no justifica por qué lo natural debiera ser lo bueno y lo artificial lo malo. Esta conclusión se introduce “de contrabando” en esta concepción de la naturaleza y es lo que conduce a una posición fundamentalista.

Pero, el fundamentalismo naturalista no termina en la reivindicación de la naturaleza buena. El fundamentalismo naturalista tiene tres fases claramente distinguibles: a) comienza separando a la sociedad humana de la naturaleza; b) luego adjudica valores benéficos a la naturaleza y perjudiciales a la creación humana; y, por último c) convierte a ciertos comportamientos humanos en resultados naturales, y a otros en resultados sociales. Con ello subdivide la actividad humana que comenzó siendo toda mala y enfrentada a la naturaleza, en buena y mala según los intereses de sus voceros. Estas tres etapas del pensamiento fundamentalista están presentes desde la filosofía griega. Por ejemplo, Aristóteles, entiende la esclavitud como un resultado natural y, por lo tanto, justo.

...la naturaleza no hace nada sin una finalidad, un propósito, ella debe haber hecho todas las cosas específicamente para el beneficio del hombre. Eso significa que es parte del plan de la naturaleza el hecho de que el arte de la guerra, de la cual la caza es parte, sea un modo de adquirir propiedad, y ese modo debe ser usado contra las bestias salvajes y contra los hombres que, por naturaleza, deben ser gobernados pero se recusan a eso, porque ese es el tipo de guerra que es justo por naturaleza (Aristóteles, 1999, p. 156).

Véase cómo, desde el comienzo, la naturaleza es sabia (fase a). Luego resulta que los hombres pueden transgredir la naturaleza, recusándose, por ejemplo, a ser esclavizados –aquí el carácter maléfico de lo social o artificial– (fase b);

por último, ciertos comportamientos, en este caso la guerra, la propiedad privada o la esclavitud deben ser considerados naturales, y de allí justos y buenos (fase c).

Desde esta perspectiva, la naturaleza se superpone a la sociedad; y, ésta debe subordinar su actuación a las leyes de la naturaleza. En el pensamiento contemporáneo, subordinar la actuación a las leyes de la naturaleza significa que la acción humana debe ser ecológicamente correcta. Las leyes de la ecología son las que deben guiar la forma de organización de la sociedad y sus criterios éticos.⁹⁰

Una tipología

La naturaleza, como esfera separada, o yuxtapuesta a la sociedad humana, donde la parte natural debe imponer un criterio de comportamiento a la parte social, conduce a lo que denominaremos posiciones ecocentristas.⁹¹ Para éstos, existe un criterio ético fuera de la sociedad humana que debe determinar la propia organización humana. El criterio ético dimana de la naturaleza y sus leyes.⁹² Ello no significa que los criterios éticos no sean construidos por el ser humano, sino que son construidos a partir de valores naturales intrínsecos, y externos a la sociedad humana. McGowen, distingue antropocéntrico de antropogénico, aludiendo con este último término a que todas las construcciones son humanas. De ahí que el ecocentrismo (o biocentrismo) siendo construido por el ser humano, parte de valores externos.

Esto confunde “antropocéntrico” con “anthropogénico”. El biocentrismo es ciertamente un sistema de valores antropogénico (hecho por humanos), pero también es, ciertamente, no antropocéntrico. He notado que esta confusión es casi universal entre los investigadores antropocentristas.

...el biocentrismo no significa “nunca referirse a intereses humanos”. Significa que los intereses humanos no definen todo el horizonte de valores –hay valores naturales, o “valores intrínsecos”– hechos por la evolución, que los humanos deben respetar (McGowen, 1999).

⁹⁰Según Grundmann, este fundamentalismo naturalista está presente en las más variadas posiciones políticas ambientalistas. En Gruhl, un conservador; en Harich, un comunista stalinista; en Bookchin, un anarquista; en Lalonde, un ecosocialista (Grundmann, 1991, p. 17).

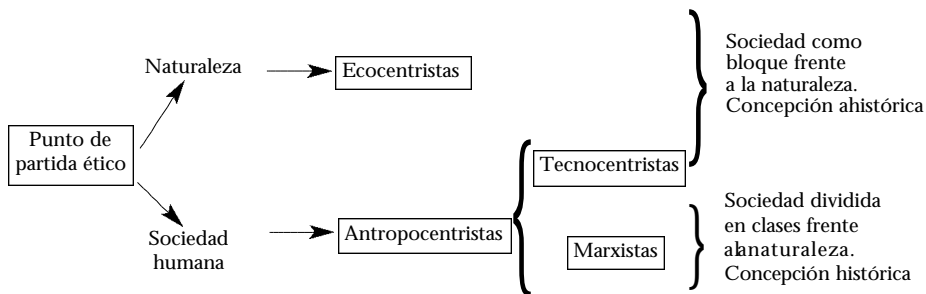
⁹¹“Una línea de pensamiento puede ser identificada como ecocéntrica, descrita por McConnell (1965) como «descansando en el supuesto de un orden natural en el cual todas las cosas se mueven según leyes naturales, en la cual el más delicado y perfecto equilibrio se mantuvo hasta el momento en que el hombre entra con toda su ignorancia y presunción»” (O’Riordan, 1976. p. 1).

⁹²También se habla de biocentrismo, en lugar de ecocentrismo.

La naturaleza, como esfera separada de la sociedad humana o yuxtapuesta, donde el ser humano impone su dominio, confiando para ello en el desarrollo tecnológico, conduce a lo que denominaremos posiciones tecnocentristas.⁹³ Esta corriente de pensamiento es, también, antropocentrista, en la medida en que el comportamiento con el medio está determinado por las propias necesidades e intereses humanos.

Por último, la naturaleza identificada con todo lo real, donde se incluye tanto la actividad humana como el resto de los elementos naturales, conduce a posiciones marxistas. Los marxistas también son antropocentristas, al considerar el interés humano la guía de su relación con el medio ambiente. La diferencia entre tecnocentristas y marxistas es que, mientras en los primeros la naturaleza es externa a la sociedad humana, y ésta se le enfrenta como bloque; en los marxistas la actividad humana es parte de la naturaleza, lo cual implica un relacionamiento diferencial por sectores, clases, naciones, etcétera, con responsabilidades e intereses a veces, contrapuestos, y con una determinación histórica.

TIPOLOGÍA DE POSICIONES AMBIENTALISTAS SEGÚN PUNTO DE PARTIDA ÉTICO Y CARÁCTER HISTÓRICO



Pepper (1986) investiga las raíces del ambientalismo moderno. Desde el pensamiento griego pueden identificarse posiciones ecocentristas y antropocentristas, muchas veces confundidas en los mismos autores. Sobre la cosmología cristiana hay diferentes opiniones, desde aquellos que consideran que el Génesis de la Biblia muestra claramente la subordinación de toda la naturaleza al ser humano, hasta quienes interpretan que la Biblia coloca al ser humano

⁹³ "El otro punto de vista es el tecnocentrista caracterizado por Hays (1959) como la aplicación de la razón científica y «sin valores» y las técnicas gerenciales por una elite profesional que ve el medio ambiente natural como una «cosa neutral» de la cual el hombre puede moldear su destino con beneficio" (O'Riordan, 1976, p. 1).

como sirviente de Dios, que debe velar por el cuidado de la Tierra y demás creaciones divinas. También la cosmología medieval es contradictoria, al reivindicar la naturaleza al servicio del ser humano (antropocentrismo), al tiempo que la interdependencia organicista (la cadena de la vida) de todos los elementos de la naturaleza (ecocentrismo).

Las raíces filosóficas del ecocentrismo moderno están en el pensamiento romántico de los siglos XVII y XVIII, que se presenta como crítica al naciente capitalismo y una reivindicación de la naturaleza salvaje. Hay un trasfondo religioso, una creencia en la igualdad entre las criaturas de Dios. De allí que el ser humano,

...tiene una obligación moral hacia la naturaleza no simplemente por el placer del hombre, sino como un derecho biótico (bioético). Este argumento, desde una perspectiva esencialmente científica ecosistémica, coloca al hombre al interior de la naturaleza, como parte del ecosistema natural. Consecuentemente, cualquier cosa que el hombre hace afecta el resto del sistema global y repercute a través de él –eventualmente vuelve sobre él. Así que, por su propio interés, no debe de saquear, explotar o destruir los ecosistemas naturales –porque al hacerlo está destruyendo los fundamentos biológicos de su propia vida. El hombre es visto como sujeto a leyes biológicas tal como el resto de la naturaleza, de allí que debe contribuir a la estabilidad y mutua armonía de los ecosistemas de los cuales forma parte (Pepper, 1986, p. 28).

Este origen romántico del ecocentrismo va a ser reforzado a principios del siglo XIX con la tesis malthusiana sobre la población. Para Malthus, los impulsos sexuales naturales de las clases pobres conducían al crecimiento de la población, más allá de las posibilidades materiales de su manutención.

Las raíces filosóficas del tecnocentrismo están en la revolución científico-técnica del siglo XVII, y la confianza en la ciencia y tecnología para superar los problemas.

...la creencia en la habilidad y eficiencia del gerenciamiento en solucionar problemas mediante el uso de “análisis objetivos” y el apoyo en las leyes de la física... este gerenciamiento incluye el del medio ambiente (Pepper, 1986, p. 29). La ideología tecnocrática, escribe O’Riordan, “es casi arrogante en su supuesto de que el hombre es totalmente capaz de comprender y controlar eventos que cumplan sus propósitos” (citado por Dobson, 1992, p. 85).

Ambas corrientes de pensamiento, la ecocentrista y la tecnocentrista utilizan, hoy en día, ampliamente, los resultados de la ciencia para fundamentar sus posiciones. Sólo que cada uno según su propia óptica llega a resultados diferentes. Mientras los tecnocentristas reivindicán las posibilidades humanas de

dominar y administrar la naturaleza, partiendo de la ciencia analítica convencional, los ecocentristas reivindican las relaciones de armonía con la naturaleza, apoyándose en la ecología y las leyes de la termodinámica (Pepper, 1986, p. 116).

En cuanto al marxismo, Marx dio al concepto de naturaleza un sentido totalmente diferente, al considerarla como una totalidad que incluye a la sociedad humana en su historicidad. De esta forma, no son ni las leyes biológicas o físicas como en el ecocentrismo, ni la tecnología como en el tecnocentrismo, las que guían el comportamiento humano con su ambiente, sino la forma de producción concreta de cada fase histórica, con las contradicciones de clase e intereses asociados y contrapuestos. Para adelantar una visión de conjunto de las diferentes posiciones véase el siguiente cuadro.

Ecocentristas

Las posiciones ecocentristas son muy variadas.⁹⁴ Aquí hemos optado por referirnos a las posiciones más polares. Por un lado, hemos colocado a lo que se conoce como Ecología Profunda (Deep Ecology) así como a los preservacionistas de la naturaleza.⁹⁵ Por otro, los “verdes” en sentido amplio, incluyendo al subgrupo de los neomalthusianos.

Deep ecology y preservacionistas (ecocentristas)

La Ecología Profunda es una ecofilosofía que atribuye valores intrínsecos a la naturaleza. Si bien se consolida durante la década de los setenta, pueden encontrarse antecedentes en el pensamiento, por ejemplo, de Aldo Leopold. En 1949 escribe:

Toda ética desarrollada hasta ahora descansa en una sola premisa: que el individuo es miembro de una comunidad de partes interdependientes. Sus instintos le impulsan a competir por su lugar en esa comunidad, pero su ética le impulsa también a cooperar (quizás en orden a que haya un lugar por el que competir). La ética de la tierra simplemente amplía los límites de la comunidad para incluir suelos, aguas, plantas y animales, o colectivamente: la tierra (Leopold, 1949, citado por Dobson, 1997, pp. 75-76).

⁹⁴Por ejemplo, los “ecomunalistas” que defienden la necesidad de volver a comunidades autosuficientes o de self-reliance (autodefensa frente a cambios externos); los ecofeministas que argumentan que la dominación de la naturaleza y de la mujer es un sólo proceso; la corriente principal (mainstream) de los verdes que combinan su crítica al industrialismo con la limitación del crecimiento poblacional, y otras (O’Riordan, 1976; Dobson, 1992; Pepper, 1993).

⁹⁵En este artículo distinguimos a los “preservacionistas” como aquellos que defienden la opción de no desarrollar, de los “conservacionistas” que plantean desarrollar manteniendo las características esenciales del hábitat natural (Pearce y Turner, 1995).

TIPOLOGÍA DEL PENSAMIENTO AMBIENTALISTA

| Punto de partida ético | Tipo | Autores | Causas de la crisis ambiental | Alternativa para la "sustentabilidad" |
|------------------------|------------------------|---|---|--|
| Ecocentristas | Ecología profunda | Naess, N. (1973), "The shallow and the deep, long-range ecology movement. A summary", en <i>Inquiry</i> , vol. 16. | Ética antropocéntrica y desarrollo industrial | Igualitarismo biosférico. Frenar el crecimiento material y poblacional. Tecnologías de pequeña escala |
| | Verdes | 1. "Neomalthusianos": Ehrlich, P. y J. Holdren (1971), "Impact of population growth", en <i>Science</i> , vol. 171. 2. "Mainstream": Commoner, Barry (1972) <i>The Closing Circle</i> . Nueva York, Knopf. Porritt, J. (1986), <i>Seeing Green</i> . Oxford, Blackwell. | Crecimiento poblacional y producción ilimitada y orientada a bienes superfluos Uso de recursos no renovables | Frenar el crecimiento poblacional Contra artículos suntuarios. Tecnologías limpias. Control estatal. Orientación energética hacia recursos renovables |
| Tecnocentristas | Ambientalismo moderado | Pearce, D. y R. Turner (1995), <i>Economía de los recursos naturales y del medio ambiente</i> . Madrid, Celeste. | Políticas erradas, desconocimiento, falta de participación estatal | Políticas económicas e instrumentos para corregir el mercado. Tecnologías limpias o verdes |
| | Comunucopianos | Simon, J. y H. Kahn (eds.) (1984), <i>The Resourceful Earth. A Response to Global 2000</i> . Nueva York, Brasil Blackwell. | No hay crisis ambiental | Libre mercado sin participación estatal. No hay restricciones a la tecnología, "el mercado se encarga" |
| Marxistas | | Enzensberger, Hans M. (1979), "Crítica de la ecología política", en Rose, H. y S. Rose <i>Economía política de la ciencia</i> . México, Nueva Imagen. | De la crisis contemporánea: relaciones sociales capitalistas (existen causas genéricas a la sociedad humana) | Cambio de las relaciones capitalistas de producción. Medios de producción controlados por los trabajadores |

Nota: El cuadro recupera sólo los principales elementos en cada celda. Varias corrientes comparten esas características. Dada la gran cantidad de bibliografía para cada celda, se optó por incluir la más antigua con destaque, excepto en la del ambientalismo moderado que preferimos un manual conocido.

Según esta concepción, el cuidado de la naturaleza no debe derivarse de los intereses humanos. La cuestión no está, por ejemplo, si la biodiversidad implica ventajas económicas, biológicas, o estéticas para el ser humano, está en el hecho de ser parte de la biosfera y por ello tener valor intrínseco. Las propuestas más radicales de la Ecología Profunda promueven una “vuelta al pasado” hacia comunidades autosuficientes y con una relación más estrecha con la naturaleza.

En la defensa de la naturaleza “virgen” coincide la Ecología Profunda con las posiciones preservacionistas. Un certero resumen de los planteamientos preservacionistas, basados en una supuesta biología conservacionista, fue presentado por Primack (1993) y nos servirá de guía explicativa. Según Primack:

La biología conservacionista descansa en ciertos supuestos implícito que son de común acuerdo en los miembros de la disciplina. Estos enunciados no pueden ser probados o rechazados, y aceptar todos ellos no es requisito para los biólogos conservacionistas.

...

1. La diversidad de los organismos es buena...
2. La reciente extinción de poblaciones y especies es mala. La extinción de las especies y poblaciones como resultado de procesos naturales constituye un evento neutral... Sin embargo, como resultado de las actividades humanas la tasa de extinción se ha multiplicado por mil. Prácticamente todos los cientos de especies de vertebrados extintas, y la presumible extinción de miles de especies de invertebrados en el último siglo han tenido causa humana.
3. La complejidad ecológica es buena.
4. La evolución es buena.
5. La evolución biológica tiene valores intrínsecos. Las especies tienen valor por sí mismas, independientemente del valor material para la sociedad humana (Primack, 1993, pp. 19-20).

Como asienta Primack se trata de postulados que no pueden ser probados, son “principios fundamentales” que no están en discusión. El fundamentalismo naturalista implícito tanto en la Ecología Profunda como en las posiciones preservacionistas radica en atribuir a leyes naturales el carácter de buenas o mejores que las actividades humanas. La biodiversidad es buena. Las extinciones que acontecieron “naturalmente” son buenas, mientras que las producidas por el ser humano no lo son. La complejidad ecológica es buena. La evolución es buena. La biodiversidad tiene valores intrínsecos positivos. En su fundamentalismo naturalista la Ecología Profunda y el preservacionismo parten del supuesto de que las leyes de la naturaleza conducen “naturalmente” –valga

la redundancia- a resultados óptimos. No queda claro por qué estas leyes debieran de ser “mejores” que su contraparte social contemporánea: limitación de la biodiversidad, extinciones de especies sin interés económico, reducción de la complejidad ecológica, conducción de la evolución, etcétera. El fundamentalismo naturalista es una extensión, al campo de la naturaleza, de las creencias divinas.

“Verdes” y neomalthusianos (ecocentristas)

El término “verde” no significa que sus autores sean necesariamente militantes políticos, es sólo un criterio de identificación. Este grupo puede subdividirse en varios. Para no recargar el texto, sólo incluiremos dos: los “verdes” y los neomalthusianos.⁹⁶ Por “verdes” consideramos a la corriente principal (*mainstream*), representada por los partidos verdes de, por ejemplo, Gran Bretaña y Alemania, o por la revista *The Ecologist*, o por los movimientos ecologistas Greenpeace, o Friends of the Earth. La influencia de escritores y activistas contemporáneos como Schumacher (1973), Porrit (1986), Commoner (1972), Capra (1985) y Goldsmith (1972) es decisiva en la formación teórica de esta corriente. Entre todos estos podemos distinguir bases comunes a pesar de sus diferencias.

Para los líderes o intelectuales del pensamiento ecologista verde no hay duda de que su propuesta implica una alternativa radical a la actual sociedad capitalista. Por ejemplo, Porrit y Winner escriben:⁹⁷

el [objetivo verde] más radical pretende nada menos que una revolución no violenta que derrumbe la totalidad de nuestra sociedad industrial contaminante, saqueadora y materialista y, en su lugar, cree un nuevo orden económico y social que permita que a los seres humanos vivir en armonía con el planeta. Según esto, el movimiento verde pretende ser la fuerza cultural y política más radical e importante desde el nacimiento del socialismo (citado por Dobson, 1997, p. 30).

O, Capra y Spretnak:

“La política Verde” representa “la manifestación política del cambio cultural” hacia un nuevo “paradigma”; ellos concluyen que “lo que necesitamos es una

⁹⁶Estas y otras corrientes están fuertemente influidas por el pensamiento anarquista de Kropotkin. Los anarquistas consideran que la principal causa de la crisis ambiental está en las relaciones jerárquicas y de dominación. Al decir de Pepper, “... todos ven que la dominación y explotación de la naturaleza por el hombre no es sino una extensión de la dominación del hombre por el hombre” (Pepper, 1986, p. 192).

⁹⁷Porrit es activista de Friends of the Earth y fue líder del partido verde británico.

nueva dimensión global de la política". La política verde ofrece dicha dimensión, una política que no es ni de izquierda ni de derecha, sino que está al frente» (citados por Wall, 1994, p. 1, cursivas del autor, G.F).

Ambos equiparan al capitalismo y al comunismo como formas "industrialistas" y sostienen que su alternativa verde las supera.

El nombre dado por lo general a esta forma de vida es "industrialismo", al cual Porritt llega a denominar "superideología", dentro de la cual se inscriben comunismo y capitalismo, y que en otro lugar describe como "adhesión a la creencia de que las necesidades humanas sólo se pueden satisfacer mediante la permanente expansión del proceso de producción y consumo" (en Goldsmith y Hildyard, 1986). Esta observación es básica para la ideología verde, ya que pone de relieve, tanto el núcleo del ataque contra la sociedad y la política contemporáneas -industrialismo-, como la afirmación de que el ecologismo pone en tela de juicio supuestos con los cuales hemos vivido durante al menos dos siglos (Dobson, 1997, p. 52).

¿Cuáles son, entonces, las principales bases y postulados de esta corriente que se proclama como estando al frente de la tradicional pugna capitalismo/socialismo?

Las principales características pueden ser reducidas a cuatro: a) el punto de partida ético, que otorga valor intrínseco a la naturaleza; b) la utilización de la ecología como ciencia que explica las relaciones entre la sociedad y la naturaleza; c) la concepción de que existen límites físicos al desarrollo humano; y, d) la confianza en individualismo liberal como instrumento para transformar la sociedad. Las cuatro características están interrelacionadas, como veremos a continuación.⁹⁸

El punto de partida ético

El pensamiento verde es ecocentrista. Esto significa otorgar a la naturaleza valores intrínsecos, externos al ser humano. Esta ética eco, o biocentrista, debería guiar el comportamiento humano. Bunyard y Morgan-Grenville lo argumentan así: "Lo que se echa de menos es alguna percepción de una visión más imparcial, biocéntrica -o centrada en la biosfera- en la cual se considere que el mundo no humano tiene un valor intrínseco" (citados por Dobson, 1997, p. 42). Esta búsqueda de códigos éticos en la naturaleza externa al ser humano

⁹⁸ Paramuchos debería incluirse "descentralización", "justicia social" y "no violencia". Pero, las últimas dos prácticamente todos los partidos las defienden, y la primera tiene interpretaciones muy diferentes.

proviene de una visión de la naturaleza y la sociedad humana como esferas separadas. La naturaleza es contemplada como aquello que existe sin la intervención humana. Esta concepción distingue lo natural de lo artificial como dos opuestos. La acción y los productos de la sociedad humana son artificiales, opuestos a la naturaleza. Esto permite un criterio de valoración frente a la problemática ambiental. Lo bueno, sería lo natural, lo malo, lo artificial. El relacionamiento entre el mundo natural y el humano estaría dado por las leyes de la ecología.

La ecología como ciencia rectora de la “nueva sociedad”

Las bases científicas de la propuesta verde están en la ecología. Como escribe Dobson,

esta visión –no debe sorprender– es una visión ecológica “los ecólogos profesionales”, escribe Jonathon Porritt, “estudian los sistemas vegetales y animales en relación con el medio ambiente, con particular énfasis en las interrelaciones e interdependencia entre diferentes formas de vida” (Porritt, citado por Dobson, 1992, p. 3).

También Wall,

El “paquete verde”, como ya notamos, es prácticamente impensable sin las contribuciones de la ecología científica. Los ecologistas advirtiendo de la catástrofe ambiental ayudó a levantar los tempranos partidos y movimientos verdes contemporáneos (Wall, 1994, p. 1).

No es casual, por tanto, que importantes figuras de la biología sean activistas o defiendan posiciones verdes. Inclusive, dos candidatos a la presidencia lo fueron,

el biólogo, con base en Boston, profesor Barry Commoner fue candidato presidencial de un programa radical verde durante los ochenta, como también lo fue Dumont, en la elección francesa de 1974. Ecólogos científicos también apoyaron el partido ecologista británico en los setentas (Wall, 1994, p. 5).

Los escritos de Barry Commoner representan una buena expresión de las principales posiciones del movimiento verde. Activista contra las armas atómicas y ecologista, llama la atención sobre los riesgos derivados de la tecnología

moderna. Sus cuatro “leyes de la ecología” deben de servir de guía para la acción humana. Estas son (Commoner, 1972):

- Cualquier cosa está conectada con el resto de las cosas.
- Toda cosa debe ir a alguna parte.
- La naturaleza es más sabia.
- No existe almuerzo gratis.

La mayoría del pensamiento ecocentrista recoge estas “reglas”. El fundamentalismo ecocentrista es explícito en la tercera ley de la ecología. Passmore (1974) critica este fundamentalismo de la siguiente forma:

Es verdad... que toda intervención humana en un ecosistema es probable que distorsione el funcionamiento de tal sistema de forma que sea perjudicial para cierto número de funciones. Al igual es verdad de cada cambio inducido por el hombre o por la naturaleza. Pero, de aquí no se sigue, como sus “leyes” parecen sugerir, que cualquiera de dichos cambios, o aun la mayoría de dichos cambios, serán perjudiciales para los seres humanos (Passmore, 1974, p. 185. Cita tomada de Grundmann).

En defensa de Commoner, cabe mencionar que las “leyes de la ecología” no son más que una guía para los ecocentristas, pero nunca una regla a ser llevada a sus últimas consecuencias, como sugiere Passmore. Claro está que la cuestión de hasta dónde es guía y hasta dónde es regla queda sin respuesta. La ecología estudia los flujos de energía y materiales entre lo abiótico y lo biótico. La introducción del ser humano en esta metodología implica concebirlo como una unidad (una especie) que intercambia materiales y energía con su entorno. Esto nos lleva a la tercera característica.

Los límites físicos externos al desarrollo humano

Según la conocida metáfora de la “nave espacial Tierra” (Boulding, 1989), la especie humana se encuentra en un mundo material finito. Por lo tanto, ni el crecimiento económico, ni la reproducción de la población pueden crecer ilimitadamente. La “capacidad de carga” del Planeta, otro concepto tomado directamente de la ecología, estaría limitado tanto por los recursos naturales necesarios para la producción, como por la capacidad de asimilación natural de los residuos de la actividad humana.

El ecologismo convierte la Tierra como objeto físico en la piedra angular de su edificio intelectual, sosteniendo que su finitud es la razón básica por la que son

imposibles el infinito crecimiento económico y demográfico por la cual, consiguientemente, es preciso que tengan lugar cambios profundos en nuestra conducta social y política (Dobson, 1997, p. 38).

...

Un tema controvertido en política verde, asociado con la cuestión de reducir el consumo, es el de la necesidad de rebajar los niveles de población (Dobson, 1997, pp. 40-41).

Desde el punto de vista económico, el pensamiento ecologista ha impulsado una corriente de pensamiento conocida como economía ecológica. La economía ecológica construyó su marco conceptual incorporando a la tradición económica neoclásica dos referencias teóricas: la ecología y la segunda ley de la termodinámica. La base ecológica sugirió un enfoque holista del proceso económico como parte del proceso natural de flujos de energía y materiales. En lugar de considerar el proceso económico como cerrado en sí mismo, tal cual lo entiende la economía neoclásica, la economía ecológica se preocupa por las interrelaciones entre la naturaleza (en sus componentes biótico y abiótico) y el proceso económico. De esta forma puede detectar procesos que desde un punto de vista monetario sean redituables para la sociedad, pero simultáneamente estén creando desequilibrios en el ecosistema que pongan en riesgo la sustentabilidad en el largo plazo. Por su parte, la incorporación de la base física (ley de la entropía) ha permitido a la economía ecológica considerar el proceso económico como un proceso entrópico (Georgescu Roegen, 1971). La economía ecológica sostiene que el ecosistema Tierra es abierto en energía solar, pero cerrado en materiales. La economía capitalista se mueve con ritmos basados exclusivamente en la dinámica de los precios, los cuales se contraponen con los ritmos naturales. Es necesario que la actividad económica contemple la distinción entre recursos naturales renovables y no renovables, así como la velocidad y posibilidad de recicle de los desechos. Como cada modalidad energética puede ser distinguida según su calidad, esto es, la capacidad de producir trabajo útil, el análisis energético podrá servir de guía para la utilización de materiales energéticamente más eficientes y, por tanto, más sustentables.⁹⁹ De allí que la economía ecológica considere y mida el origen de la energía utilizada (recursos renovables o no renovables), así como el grado de eficiencia termodi-

⁹⁹ Existen algunos ecomarxistas que pueden ser ubicados dentro de los "verdes". Benton (1992), por ejemplo, justifica la necesidad de considerar las leyes físicas como límite natural al crecimiento económico: "Nuestro «sistema de soporte de vida» planetario es, sin embargo, limitado en su poder adaptativo. Estos límites colocan barreras al horizonte de la actividad humana en su relación con la naturaleza. Las leyes de la termodinámica, por ejemplo, a menudo figuran en tales argumentos" (Benton, 1992, p. 58).

námica que cada proceso económico implica. Por ello, los límites físicos externos constituyen un elemento central de esta concepción.

Relacionado con este concepto de límites físicos externos está la desconfianza en la ciencia y tecnología “moderna” para solucionar los problemas ambientales. De esta forma, Pepper (1993) considera que la propuesta ecologista implica un determinismo ambiental.

La creencia en el individualismo liberal para cambiar la sociedad

La propuesta verde deposita la confianza del cambio en la elección individual. El primer paso para transformar la realidad es un acto de conciencia, una nueva ética y, consecuentemente, un patrón de vida y consumo diferentes. La desconfianza en los partidos políticos, en el Estado como orientador de la economía, y en las formas jerárquicas y de poder tienen, como efecto, una propuesta individualista de acción. Dobson (1992) en su análisis del movimiento verde, lo plantea crudamente:

La segunda y quizás más seria consecuencia de la dependencia del movimiento respecto a pronósticos nada halagüeños es que sus ideólogos parecen haberse sentido liberados de la necesidad de pensar seriamente sobre la realización del cambio que preconizan. Esta, desde luego, es otra característica de la ideología que se debe señalar: la tensión entre la naturaleza radical del cambio social y político que pretende y la confianza en los medios tradicionales democrático-liberales para llevarla a cabo. Es como si los defensores del movimiento hubieran creído que el mensaje resultaba tan obvio que bastaba comunicarlo para conseguir que se actuara de acuerdo con él. Los obstáculos para el cambio verde radical no se han determinado adecuadamente, y el resultado es una ideología carente de un programa adecuado de transformación política y social (Dobson, 1997, p. 44).

La misma crítica en Pepper (1993),

...falta de fe en la política partidaria, argumentar que la búsqueda del poder político inevitablemente corrompe a los políticos, y que los partidos políticos siempre tienen que comprometer sus ideales. El individualismo coloca a la fe, en su lugar, en un proceso individual continuo de cambio de valores y estilos de vida, que luego provocarán al agregarse, una nueva sociedad. Este concepto descansa en una visión esencialmente liberal de la sociedad (Pepper, 1993, p. 15).

Una vertiente particular del pensamiento ecocentrista es el neomalthusiano. La principal causa de la crisis ambiental estaría en el aumento incontrolado

de la población mundial. Esta línea de pensamiento, cuyos principales exponentes son Ehrlich (1971) y Hardin (1968), reivindica la “ley de Malthus”. Pero, además, le dan un giro contemporáneo. El problema del incremento poblacional no se reduce a tener un ritmo exponencial de crecimiento mientras el de los alimentos es aritmético, también a que este incremento poblacional presiona para una actividad económica creciente que provoca escasez de recursos naturales y desechos con el consecuente deterioro ambiental. En un mundo finito en materiales, la población debe estabilizarse.¹⁰⁰ Políticamente, se trata de una posición claramente conservadora dirigida al control de la natalidad y la expansión de la propiedad privada.

Tecnocentristas (antropocentristas)

Los tecnocentristas abarcan dos grandes grupos claramente diferenciados. Por un lado, los que aquí llamamos cornucopianos; por otro, el ambientalismo moderado.

Cornucopianos (tecnocentristas)¹⁰¹

Llamamos cornucopianos a aquellos ambientalistas que consideran que es posible superar los problemas ambientales con soluciones técnicas.¹⁰² Se trata de posiciones antropocentristas, ya que es el interés humano lo que guía el criterio valorativo de la relación entre la sociedad humana y su ambiente. Hoy en día, los tecnocentristas están estrechamente ligados a la defensa de la economía de libre mercado. Esta identidad, entre confianza en el desarrollo tecnológico y confianza en el mercado, está presente en los dos principales postulados de la teoría económica neoclásica, la cual es el fundamento del libre mercado. Siguiendo a Víctor (1989), el primer principio de esta teoría dice que la economía es el uso de recursos limitados para satisfacer necesidades ilimitadas. En la propia defini-

¹⁰⁰ Ubicar las posiciones de Commoner y de Ehrlich dentro de los “verdes” puede no resultar del todo justo para todos los afiliados a las propuestas de dichos autores, ya que se autorreconocen en abierta oposición. Pero, pese a que cada uno argumenta causas distintas para la crisis ambiental –Commoner el moderno uso de la tecnología, y Ehrlich el crecimiento poblacional–, tienen en común el suponer que leyes naturales, Commoner las “leyes de la ecología”, Ehrlich la “ley” de crecimiento exponencial-biológica de la población, deben constituirse en el criterio ético de la práctica política.

¹⁰¹ Por “cornucopianos”, hacemos referencia a la figura mitológica del “cuerno de la abundancia” (O’Riordan, 1981).

¹⁰² Cotgrove (1982) incluye dentro de este grupo tanto a los “gerentes empresariales”, como a los marxistas, por su común defensa del industrialismo. O’Riordan (1976), por su parte, entiende que los marxistas están más cerca de los ecocentristas, ya que al igual que éstos proclaman un cambio radical en las relaciones capitalistas, mientras que los tecnocentristas son “acomodacionistas”. Como puede verse, la ubicación de los marxistas es uno de los aspectos de mayor controversia.

ción de economía se está planteando una contradicción entre la sociedad humana y su ambiente. Se parte de supuestos no demostrables. Es un principio fundamental no discutible que las necesidades humanas son ilimitadas. Digamos que una cuestión de “sentido común”.¹⁰³ También es un principio fundamental no discutible que los recursos son limitados.¹⁰⁴ Según la teoría económica neoclásica, el ser humano arranca enfrentándose a la naturaleza. El segundo principio dice que lo que es mejor para uno es mejor para todos. Con este segundo principio fundamental no demostrable, se pretende garantizar que la preferencia de cada consumidor en el mercado lleva al equilibrio de la sociedad en su conjunto. El cornucopianismo considera a la naturaleza como distante, separada del ser humano. Tiene una visión unilateral del dominio del ser humano sobre su entorno y una posición política claramente conservadora del sistema capitalista.

La posición cornucopiana considera que el libre mercado logra solucionar los problemas ambientales, bien restringiendo el consumo de recursos no renovables o en extinción por el aumento de los precios a medida que las existencias disminuyen, bien sustituyendo materias primas y fuentes energéticas, o mejorando la tecnología para un uso más eficiente de los mismos recursos. Esta posición está respaldada teóricamente por el llamado “enfoque de los derechos de propiedad” que parte del teorema de Coase (Pearce y Turner, 1995). Según Coase la solución a los problemas de contaminación está en la negociación directa entre responsables y perjudicados. Quien tuviera los derechos de propiedad podría exigir una compensación por el daño. Esta propuesta supone que la causa de muchos de los problemas ambientales radica en la distorsión que ejerce el Estado sobre el mercado al poseer bienes públicos.

El resultado de las transacciones en el mercado representaría, al igual que la selección natural en la evolución, el camino hacia el óptimo, en este caso un óptimo social. Pearce y Turner lo plantean así:

...puede argumentarse que los humanos dominados por genes egoístas (persona económica) y su organización social (el mercado) son consecuencia de la selección natural que maximiza la capacidad de procrear. Por tanto, para algunos, el proceso de mercado competitivo representa un proceso darwiniano de supervivencia.

¹⁰³ Durante la década de los sesenta una serie de investigaciones antropológicas mostraron diversas sociedades donde no existían “necesidades ilimitadas” y los recursos eran “excedentarios” (Sahlins, 1977). A partir de allí, la economía neoclásica que tenía ambos supuestos como intrínsecos a la naturaleza humana (principios fundamentales) comenzó a decir que esos principios eran aplicables sólo al capitalismo. Con ello, ambos principios pasaban a ser aún más una cuestión de fe.

¹⁰⁴ Aunque a primera vista podría parecer de sentido común que los recursos son limitados, esto es discutible en términos económicos.

...Parecería que el mercado competitivo genéticamente determinado es un producto de la selección natural y, por tanto, debe ser de algún modo óptimo (Pearce y Turner, 1995, pp. 45-46).

El texto más elocuente de esta posición cornucopiana lo constituye la compilación realizada por Simon y Kahn (1984). Se trata, como dice su subtítulo, de una respuesta (*A Response to Global 2000*) al informe realizado para la presidencia de los Estados Unidos de Norteamérica en 1980 (*Global 2000 Report to the President*). La compilación de Simon y Kahn reúne varios artículos de diversos científicos que buscan demostrar, en sus respectivos campos, un futuro alentador en cuanto a recursos naturales y calidad de vida futura. En todos los casos, el acento está puesto en las posibilidades de la tecnología para descubrir nuevos recursos, o hacer más rendidores los ya existentes. Y, también, en el libre mercado que, con las fluctuaciones de sus precios, constituiría el instrumento más seguro del equilibrio medioambiental.

Las conclusiones a que llega *A Resourceful Earth* son optimistas. Según sus autores:

Estamos convencidos que la naturaleza del mundo físico permite la continua mejoría de la economía de la especie humana en el largo plazo, indefinidamente... la naturaleza de las condiciones del mundo físico y la capacidad de adaptación de una economía y sistema social que funcione bien nos permitirán superar los problemas, y las soluciones comúnmente nos conducen a situaciones mejores que antes que surgiese el problema, esta es la gran lección que debe ser aprendida de la historia de la humanidad. Somos menos optimistas, sin embargo, de las restricciones corrientemente impuestas sobre los procesos materiales por las fuerzas políticas e institucionales, en conjunción con la creencia popular y actitudes sobre los recursos naturales y el medio ambiente (Simon y Kahn, 1984, p. 3).

Nótese el optimismo en la abundancia futura de recursos, postura totalmente opuesta a la de todo el pensamiento ecocentrista que se basa, precisamente, en los límites físicos externos con que la sociedad humana se enfrenta. También es de destacar la falta de confianza en las políticas estatales e institucionales, así como en las creencias populares. La solución a los problemas, para los cornucopianos, está en el libre mercado y la "expertocracia", para utilizar un término acuñado por Gorz que se refiere a quienes confían en qué cuadros técnico-científicos deben comandar las políticas ambientales (Gorz, 1993).

Ambientalismo moderado (tecnocentristas)

La política ambientalista llevada a cabo por la mayoría de los gobiernos se inscribe en esta corriente. A diferencia de los cornucopianos, éstos reconocen que existen problemas entre el desarrollo capitalista y el medio ambiente, pero posibles de ser mejorados con políticas específicas.

La gran mayoría son tecnocentristas. No discuten, por ejemplo, el crecimiento ilimitado de la producción, tampoco el tipo de producción suntuaria o superflua. Por el contrario, consideran que la producción humana es necesariamente contaminante y la producción capitalista la única posible. Lo que se trata es de alcanzar niveles razonables u óptimos de contaminación. Esto se logra a través de correcciones técnicas en el proceso productivo. No se discute, por tanto, el carácter de la producción capitalista, sino sólo su nivel de contaminación y depredación.

La base científica es la teoría económica neoclásica y los postulados keynesianos de participación estatal en la economía. El concepto de externalidad, derivado de los planteos de Pigou en la década de los veinte del siglo xx, constituye una de los instrumentos teóricos esenciales. Las externalidades son resultados involuntarios de las actividades económicas sobre bienes comunes que son afectados negativamente (o positivamente). Pigou sostuvo que era necesario que estas “externalidades” negativas sean contempladas por el Estado, imponiendo a sus responsables una tasa. Esta tasa debiera ser la diferencia entre el costo social y el costo privado. Esta diferencia (costo externo) corresponde a los costos de los mecanismos necesarios para, por ejemplo, purificar el aire al nivel anterior a su contaminación, o indemnizar a los afectados.¹⁰⁵

Las políticas ambientales son de dos tipos. Unas, llamadas de comando y control, que regulan la utilización de recursos o el desecho de residuos a partir de normas. Aquí se encuentran:

- los límites máximos de contaminación;
- los controles en el equipamiento (filtros, etcétera);
- el control sobre los procesos para impedir o sustituir insumos;
- el control sobre los productos, prohibiendo algunos o estableciendo límites de productos contaminantes en otros;
- prohibición de actividades en determinadas zonas;
- control de uso (cuotas) de recursos naturales.

¹⁰⁵Las “tasas pigounianas”, como se les llamó, nunca han sido aplicadas, ya que es prácticamente imposible medir las externalidades. El resultado ha sido la aplicación de tasas que tienden a mejorar el estado del medio ambiente, obligando al contaminador a corregir su producción, pero nunca se puede llegar a la tasa “óptima” que implicaría compensar monetariamente de manera exacta el daño ocasionado.

Otras, de instrumentos de mercado, para incorporar al mercado elementos sin precio de la naturaleza, o bien incidir sobre sus precios, de manera de “interiorizar” las externalidades. Estos procedimientos suponen la necesidad de valorar monetariamente bienes de la naturaleza sin precio. La dificultad de este procedimiento ha llevado a reconocer el grado de incertidumbre así como el carácter no reversible de ciertos procesos naturales. Los principales instrumentos de mercado son: a) tasas, b) subsidios, c) sistemas de devolución de depósitos, d) creación de mercados artificiales para cuotas de contaminación, materiales secundarios, etcétera.

En la práctica, se utilizan tanto unas como otras, aunque en los países de la OCDE, la mayoría de las políticas económicas han sido de comando y control.

Una variante más “dura” de esta corriente se basa en el llamado “teorema de Coase”. Según Coase (1961), las externalidades surgen porque los derechos de propiedad no alcanzan todos los recursos y/o espacios. Si el río contaminado fuese propiedad privada, su propietario podría exigir, a quien contamina, una indemnización. La extensión de los derechos de propiedad privada sería el mecanismo más simple para solucionar los problemas surgidos de las externalidades. Por otra parte, para la sociedad en su conjunto resulta indiferente que el que paga sea quien contamine, o el afectado sea quien “soborne” al contaminador para que no lo haga. La resolución de los conflictos estaría en manos de los propios interesados, quienes se guiarán por los derechos de propiedad. Si el contaminador tiene la propiedad, el perjudicado le “compensaría” por no contaminar. Si el contaminado tiene el derecho de propiedad, el contaminador le compensaría para que soporte el daño. Esta propuesta se contrapone con el principio de quien contamina paga, que es la norma de las políticas ambientales de la OCDE, ya que puede darse el caso que los afectados terminen pagando. Políticamente, las posiciones que aquí englobamos bajo el término de “ambientalismo moderado” son reformistas. Confían en la adaptación de las instituciones a los retos ambientales, así como a las soluciones técnico-legales. Algunos representantes de esta posición tienen visiones más amplias, distanciándose del tecnocentrismo, al hacer hincapié en la necesidad de combinar las medidas legales y económicas con una amplia política informativa y de educación ambiental.

Ecocentristas y tecnocentristas vistos en su relación

Ecocentristas y tecnocentristas tienen una característica en común: consideran a la naturaleza como externa a la sociedad humana y a ésta como una unidad relacionándose en bloque con el medio.

Para el ecocentrismo la naturaleza tiene un funcionamiento que conduce al equilibrio, la armonía o la evolución sustentable. Por el contrario, la sociedad humana, y particularmente la industrial con su crecimiento ilimitado y su base en las fuentes energéticas no renovables lleva a una situación insustentable de contradicción entre los intereses económicos de corto plazo y el ecosistema global en el cual se inserta. De allí que la alternativa sea de aprender de la naturaleza para actuar según sus dictámenes. La distancia entre la sociedad y la naturaleza es explícita.

Para el tecnocentrismo la naturaleza también es ajena y externa a la sociedad humana, sólo que en este caso no se trata de someterse a sus leyes sino de modificarla en función de los intereses humanos. Allí donde no es posible o surgen contradicciones la sociedad debe reconocer los límites físicos externos, como ocurre con el ambientalismo moderado.

Ecocentristas y tecnocentristas entienden que la sociedad humana es un bloque que se relaciona con el medio ambiente. La causa de los problemas ambientales es o una ideología o una técnica, pero siempre de la sociedad como un todo frente al entorno. Las contradicciones o diferencias al interior de la sociedad humana no tienen mayor importancia para analizar el comportamiento con el medio ambiente. El problema es técnico, y no social. Y, cuando es un problema ideológico, como para las corrientes de la ecología profunda, éste afecta globalmente a la sociedad industrial.

Esta identidad entre ecocentristas y tecnocentristas no debe ser menospreciada. La prueba más evidente lo constituye la práctica de políticas ambientales similares desarrolladas por unos y otros. Las propuestas concretas del ecocentrismo tienden a identificarse con las del “ambientalismo moderado”. De allí que una de las preocupaciones del movimiento “verde” sea el de perder su identidad en las alianzas con los ecologistas socialdemócratas; como dice Petra Kelly: “Si los verdes acaban convirtiéndose en meros socialdemócratas ecológicos, entonces el experimento ha concluido” (Dobson, 1997, p. 161).

En el campo de la economía sucede otro tanto. Si bien al nivel teórico pueden distinguirse “economistas ecológicos” (ecocentristas) de economistas ambientales (ambientalistas moderados) al momento de construir instrumentos técnicos de evaluación las distancias se acortan. Aunque los ecocentristas más radicales no comparten la medición de la naturaleza en términos monetarios, la mayoría ya habla de un “capital natural” que, por supuesto, debe ser valorado monetariamente para poder ser incorporado al producto nacional bruto para una Contabilidad Verde.¹⁰⁶

¹⁰⁶Toda la posición “oficial” de la Sociedad Internacional para una Economía Ecológica (ISEE) se inscribe en la línea de la Contabilidad Verde. A este respecto basta con seguir la revista oficial de dicha sociedad, *Ecological Economics*.

Marxistas (antropocentristas)

El marxismo es antropocentrista. Si merece un apartado especial es por su gran distancia con todas las posiciones ecocentristas, así como con el tecnocentrismo. La diferencia radica, primero, en que la naturaleza incluye a la sociedad humana, no es algo externo como en las concepciones ecocentristas y tecnocentristas. En este sentido la distinción entre “natural” y “creado” que es la base de las posiciones ecocentristas y antropocentristas resulta de interés secundario. En segundo lugar, la relación entre la sociedad humana y su entorno es dialéctica e histórica; en la medida en que la sociedad transforma la naturaleza se transforma a sí misma, y las posibilidades de transformar la naturaleza están dadas por el nivel al cual llegaron las generaciones pasadas.

Todo el método del materialismo histórico parte del concepto de metabolismo social (Foster, 1999). Marx entiende por metabolismo social el proceso a través del cual la sociedad humana transforma la naturaleza externa y, al hacerlo, transforma su naturaleza interna. La acción de transformar la naturaleza externa es el proceso de trabajo, y su efecto sobre la naturaleza interna se manifiesta en la forma en que se establecen las relaciones sociales de producción. Al comenzar el capítulo V de *El capital*, sobre el proceso de trabajo, Marx escribe:

El trabajo es, en primer lugar, un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza.

...

Al operar por medio de ese movimiento sobre la naturaleza exterior a él y transformarla, transforma a la vez su propia naturaleza (Marx, 1977, pp. 215-216).

Mientras hoy en día se discute la necesidad de una teoría interdisciplinaria, y de una filosofía holista para analizar la problemática ambiental –en el sentido de considerar al ser humano en su interrelación con el medio–, resulta que el viejo concepto de metabolismo social de Marx ofrece grandes perspectivas. Pensemos en una célula, como unidad elemental de vida. Ella crea una membrana que la separa del entorno, pero tiene, al mismo tiempo, una interrelación de materiales y energía con dicho ambiente externo. Al hacerlo, la célula crece, metaboliza, puede reproducirse y hasta especializarse en los seres multicelulares. El término “metabolismo” no es gratuito, sino que tiene su origen en las ciencias naturales, y busca ilustrar al comportamiento humano como parte de ese mundo natural.¹⁰⁷

¹⁰⁷Según Foster, el término metabolismo era utilizado por los fisiólogos alemanes durante los años de 1830 y 1840 para referirse a los intercambios materiales al interior del cuerpo y en relación con la respiración. A principios de 1840 Liebig extiende su significado para considerar la degradación de los tejidos (Foster, 1999, p. 159).

Establecido el criterio metodológico para comprender la relación entre la sociedad humana y la naturaleza externa, Marx analiza, en *Las formas que preceden a la producción capitalista*, cómo la membrana de la célula que es la sociedad se va haciendo históricamente más gruesa –las relaciones con el mundo externo cada vez más se median por instrumentos y cosas previamente producidos–, al mismo tiempo que a su interior los elementos que la componen se separan en una progresiva división social del trabajo. Entonces, lo que requiere explicación, escribe Marx, no es la unidad del ser humano con la naturaleza, esto es parte de la naturaleza física y química. Lo que requiere explicación es el proceso histórico a través del cual se separa –se aliena– la existencia humana de las condicionantes naturales necesarias para reproducirse. Lo que Marx va a explicar a través de su método –el materialismo histórico– son las formas en que se va modificando y rompiendo ese metabolismo con la naturaleza. Así escribe:

Lo que necesita explicación, o es resultado de un proceso histórico, no es la unidad del hombre viviente y actuante [[por un lado]] con las condiciones inorgánicas, naturales, de su metabolismo con la naturaleza [[por el otro]] y, por lo tanto su apropiación de la naturaleza, sino la separación entre estas condiciones inorgánicas de la existencia humana y esta existencia activa, una separación que por primera vez es puesta plenamente en su relación entre trabajo asalariado y capital (Marx, 1971, p. 449).

Resulta curioso que los mismos ambientalistas que hoy en día buscan una relación más armónica con el medio ambiente son los que acusan a Marx de desinterés por la naturaleza. El desacuerdo refleja un desconocimiento de la teoría marxista. El interés de Marx por develar las formas de ruptura del metabolismo con la naturaleza, y de las peculiares modalidades que adquiere esa ruptura con el sistema capitalista, tiene un objetivo “semejante” –con toda la distancia que se le pueda adjudicar al término– al de nuestros ambientalistas contemporáneos: lograr una nueva sociedad, que reestablezca los lazos con la naturaleza externa.

La libertad en ese terreno sólo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente ese metabolismo suyo con la naturaleza, poniéndolo bajo su control colectivo, en vez de ser dominados por él como por un poder ciego; que lo lleven a cabo con el mínimo empleo de fuerzas y bajo las condiciones más dignas y adecuadas a su naturaleza humana (Marx, 1981, p. 1044).

Mientras en todas las formas de organización económico-social precapitalistas existió una unión –aunque relativa y variable– entre el trabajador y sus

medios de vida, o sea entre el trabajador y su naturaleza externa, la organización capitalista separa de forma absoluta al trabajador de sus medios de vida. El trabajador asalariado cumple con todos los requisitos de ruptura del metabolismo con la naturaleza: está separado de la tierra como condición natural de producción; está separado de los instrumentos como intermediarios de su cuerpo respecto de la naturaleza externa; está separado de un “fondo de consumo” previo al trabajo –depende de vender su fuerza de trabajo para comer–; y, está separado del propio proceso de producción como actividad transformativa –a diferencia, por ejemplo, del siervo feudal–. Es libre, sólo que esta libertad debe entenderse como aislamiento, alienación respecto de la naturaleza externa; es libre porque le han roto los lazos del metabolismo con el medio ambiente. Es libre en el sentido de aislado.

Por el contrario, el propietario pasa a ser el usufructuario de una naturaleza que debiera corresponder a todos los habitantes del planeta. Esta contradicción entre la propiedad privada de la naturaleza y la preocupación por su sustentabilidad en función de las futuras generaciones no es una novedad del ambientalismo contemporáneo. Marx la compartió de manera premonitoria:

Desde el punto de vista de una formación económico-social superior, la propiedad privada del planeta en manos de individuos aislados parecerá tan absurda como la propiedad privada de un hombre en manos de otro hombre. Ni siquiera toda una sociedad, una nación o, es más, todas las sociedades contemporáneas reunidas, son propietarias de la tierra. Sólo son sus poseedoras, sus usufructuarias, y deben legarla mejorada, como boni patres familias [buenos padres de familia], a las generaciones venideras (Marx, 1981, p. 987).

Conclusiones

Hemos visto que existe un amplio abanico de concepciones sobre la relación sociedad/naturaleza y, consecuentemente, sobre la crisis ambiental. Partiendo de un punto de vista ético, podemos distinguir entre posiciones ecocentristas –que sostienen la necesidad de guiarse por una ética natural externa a la naturaleza humana–, de posiciones antropocentristas –basadas en el relacionamiento con la naturaleza partiendo de intereses humanos–. Luego cruzamos este criterio con la forma como se contempla la sociedad, si en bloque enfrentada a la naturaleza (posiciones ecocentristas y tecnocentristas) o dividida en clases (marxismo). Llegamos a las siguientes conclusiones:

En primer lugar, el reconocimiento de la necesidad de una actitud “diferente” respecto de los congéneres y del entorno es común a todos los grupos de la tipología excepto los tecnócratas cornucopianos.

En segundo lugar, también es común esos grupos el reconocimiento en las limitaciones del conocimiento humano, y en la necesidad de reivindicar el principio de precaución y, aunque sea como resultado de éste, el de defensa de la variación y la diversidad.

En tercer lugar, y relacionado con el punto anterior, está el reconocimiento de la interrelación de todos los fenómenos de la naturaleza, lo cual requiere un encare académico diferente al conocimiento parcelado y reduccionista tradicional.

En cuarto lugar, lo que también es común a esos grupos es la coincidencia en que el sistema capitalista no soluciona automáticamente por la vía del mercado todos los problemas. De aquí se coliga que existen criterios políticos y científicos que deben, en ciertos casos al menos, anteponerse a la lógica del sistema en que vivimos. Claro está que las diferencias sobre “en cuáles casos” marca abismos entre las posiciones.

En quinto lugar, si dejamos a un lado algunos partidarios de una ecología profunda radical que reivindican “volver al pasado”, para todos los otros grupos, no hay forma de enfrentarse a la problemática ambiental si no es a través de la “administración” que el ser humano realice de sí mismo y de su entorno. Esto obliga a una discusión política de qué modalidad de “administración” de la naturaleza queremos. Por cierto que en la discusión de la modalidad surgirán las diferencias entre aquellos que reivindican soluciones técnicas, o científicas, o políticas.

